

GRAN SUPER & FICCIÓN

ISAAC ASIMOV

Las grandes historias de la ciencia ficción

LA EDAD DE ORO 1944-1945

Los relatos que
hicieron historia
antes de los
premios Hugo



Los mejores relatos del período histórico más importante de la ciencia ficción, cuando los grandes maestros configuraron los temas clásicos del género.

Cuarto volumen de una esmeradísima selección en la que Asimov y Greenberg presentan cronológicamente las narraciones que marcaron la evolución del género. Catorce historias aparecidas originariamente en 1944 y 1945, obra de los mejores escritores del momento.

Cleve Cartmill (con la narración que desveló el secreto de la bomba atómica, en pleno desarrollo del proyecto Manhattan), Leigh Brakett, Fritz Leiber (el escritor más premiado en toda la historia de la literatura fantástica), John R. Pierce, Clifford D. Simak, (ganador del premio Hugo y del International Fantasy Award), Henry Kuttner y Catherine L. Moore, Theodore Sturgeon (ganador de los premios Hugo y Nebula), Fredric Brown, Lester del Rey, Bertram Chandler y Murray Leinster, son los autores de este conjunto de relatos inolvidables.

1944

Introducción

En el mundo de fuera de la realidad, las cosas continuaron mejorando en los frentes bélicos. El 22 de enero, las fuerzas aliadas desembarcaron en la playa de Anzio, en Italia, dando comienzo a una campaña larga y sangrienta, mientras que el día 27, los valientes resistentes de Leningrado fueron liberados al fin del asedio alemán. El 4 de marzo, los ejércitos soviéticos alcanzaron Ucrania, y, el 19, los rusos habían cruzado ya el río Dniéster. Entretanto, en los Idus de Marzo, las fuerzas norteamericanas lanzaron un ataque masivo sobre el monasterio de Monte Cassino, destinado a convertirse en uno de los más famosos campos de batalla de la guerra. Monte Cassino cayó finalmente el 18 de mayo.

El 2 de abril, las tropas soviéticas estaban ya en Crimea, y, el 21 de mayo, los aliados consiguieron romper la «Línea de Hitler» en Italia. El Quinto Ejército estadounidense entró en Roma el 4 de junio. Dos días más tarde, en «El día más largo», una gigantesca fuerza de invasión aliada empezó el desembarco en las playas de Normandía: la invasión de Europa, tanto tiempo esperada, había dado comienzo. El 22 de junio, los aliados habían tomado Cherburgo, completo con sus paraguas y todo. Pero los alemanes tenían aún unos cuantos trucos desagradables en reserva, como los ingleses descubrieron el 13 de junio, el día en que la primera bomba V-1 cayó sobre Londres, seguida del primer cohete V-2 el 8 de septiembre.

El 20 de julio, varios miembros del Estado Mayor alemán trataron de asesinar a Hitler con una bomba, pero fracasaron. Los conspiradores (y muchos otros) pagaron el fracaso con sus vidas. Tres días más tarde, las tropas soviéticas empezaron a entrar en Polonia. Florencia fue liberada el 19 de agosto, mientras que Brest-Litovsk caía ante el implaca-

ble avance ruso el 28 de julio. El 1 de agosto, la resistencia polaca se levantó contra los ocupantes alemanes en Varsovia, sólo para ser aplastada sin piedad mucho antes de que las tropas soviéticas llegaran a la ciudad. En el oeste, París fue liberada el 25 de agosto, y, el 4 de septiembre, los aliados capturaron Antwerp, con lo que consiguieron un puerto importante para el desembarco de suministros. Una semana más tarde, las primeras tropas norteamericanas entraron en Alemania, en las inmediaciones de Trier, mientras que los soviéticos entraban en Yugoslavia el 29 de septiembre y en Hungría, el 23 de octubre.

En noviembre, Roosevelt fue reelegido presidente, tras derrotar a Thomas Dewey por tres millones y medio de votos, y Edward Stettinius reemplazó a Cordell Hull como Secretario de Estado. El año finalizó con los ejércitos aliados y soviéticos cirniéndose sobre Alemania, que intentó su última gran táctica: una ofensiva en las Ardenas que se conoció como «La batalla del Saliente».

En el Pacífico, las fuerzas estadounidenses tomaron la última de las islas Salomón el 15 de febrero; los ingleses lanzaron una ofensiva importante en el norte de Birmania el día 28 del mismo mes. Saipan cayó ante las tropas norteamericanas el 19 de junio. El 18 de julio, el general Tojo dimitió como jefe de la máquina bélica nipona. El 19 de octubre, las primeras tropas estadounidenses, al mando del general McArthur, desembarcaron en Filipinas; a final del año, avanzaban firmemente a través del archipiélago filipino, mientras que el norte de Birmania quedaba libre de tropas japonesas.

Durante 1944, Ingrid Bergman ganó un Oscar de la Academia por su actuación en Luz de gas; y Summer Welles publicaba *The Time for Decisión*. La Academia Militar de los Estados Unidos fue declarada el mejor equipo de fútbol juvenil. En Broadway, se estrenó *El zoo de cristal*, de Tennessee Williams. En Clinton, Tennessee, se fabricó la segunda pila de uranio del mundo. Pensive fue el sorprendente

ganador del «Derby» de Kentucky. Carl Jung publicó su influyente *Psicología y religión*, mientras que las películas del año incluían *Zola*, *Enrique V* (con el gran Lawrence Olivier), *Las blancas colinas de Dover*, y *Náufragos*, de Hitchcock.

El «Open de Golf» de Estados Unidos fue suspendido de nuevo a causa de la guerra. Por primera vez, la quinina fue sintetizada con éxito. Alberto Moravia publicó *Agostino*. Los Green Bay Packers fueron los campeones de la liga nacional de fútbol. El estado del hombre, de Lewis Mumford, y *El filo de la navaja*, de Somerset Maugham, obtuvieron un gran éxito. El sargento Franck Parker ganó el campeonato de tenis de Estados Unidos, mientras que Pauline Betz repitió como campeona femenina. Sutherland pintó Cristo en la cruz.

T. S. Eliot publicó *Cuatro cuartetos*, y Joe Louis mantuvo el título de campeón mundial de los pesos pesados. Se estrenó el *Concierto para violín*, de Bela Bartok, así como la *Octava sinfonía*, de Dmitri Shostakovich. Marty Marion, de los Cardenales de St. Louis, y Hal Newhouser, de los Tigres de Detroit, fueron los jugadores más destacados en las ligas nacional y americana respectivamente. Bing Crosby ganó el Oscar de la Academia por su actuación en *Siguiendo mi camino*, que también consiguió el Oscar a la mejor película. En St. Louis se volvieron locos cuando los Cardenales derrotaron a los Browns por cuatro juegos a dos y ganaron el campeonato mundial. Se estrenó la ópera *Herodías*, de Paul Hindemith. El récord mundial semioficial para la carrera de la milla lo ostentaba el sueco Arne Andersson con 4:02.6; pero ya había conseguido 4:01.6 anteriormente: el comité internacional que habría de certificarlo seguía sin poder reunirse a causa de la segunda guerra mundial.

La muerte se llevó a Wendell Willkie y a Luden Pissarro.

Mel Brooks era todavía Melvin Kaminsky.

En el mundo real, fue otro buen año, a pesar de las preocupaciones de la guerra y la muerte de Captain Future en primavera.

Sucedieron cosas maravillosas: Olaf Stapledon publicó *Sirius*. Aparecieron *Renaissance*, de Raymond F. Jones, y *The Riddle of the Tower*, de J. D. Beresford y Esme Wynne-Tyson, así como *World's Beginning*, de Robert Ardrey, quien más tarde alcanzaría la fama en otro campo. Se estrenó *The Lady and the Monster*, una de las varias versiones de *Donovan's Brain*, de Curt Siodmak. Y un marinero australiano llamado A. Bertram Chandler hizo su vuelo nupcial a la realidad en mayo con «*This Means War*».

Y alas distantes empezaron a batir con el nacimiento de P. J. Plauger, James Sallis, Bruce Pennington, Stanley Schmidt, George Lucas, Katherine Kurtz, Vernon Vinge, Jack Chalker, David Gerrold, Peter Weston y Vance Aandahl.

Viajemos al venerado año de 1944 y disfrutemos con las mejores historias que el mundo real nos legó.

Isaac Asimov y Martin H. Greenberg

Tiempo límite

Cleve Cartmill

*«Tiempo límite» resultó ser el relato más controvertido del año, aunque no dentro de la comunidad de la ciencia ficción. Las especulaciones del autor sobre algunos detalles de la fisión nuclear atrajeron la atención del Gobierno estadounidense, que quiso saber quién había filtrado secretos del «Proyecto Manhattan», entonces en proceso de desarrollar la primera arma nuclear. Ha habido cierta controversia sobre lo que sucedió con exactitud; pero miembros del Servicio de Inteligencia norteamericano visitaron las oficinas de John W. Campbell Jr., editor de *As-tounding* (y también al autor, que vivía en Manhattan Beach). Varias fuentes dicen que fue el FBI, otras que la Inteligencia militar. Una vez convencidos de que todo era limpio y trabajaba a partir de datos de dominio público, pidieron, al parecer, que no se publicaran más historias similares, a lo que Campbell (depende de qué versión se cite) les contestó que no estaba de acuerdo, o les convenció de que no publicar relatos sobre la energía atómica daría pistas al enemigo en lo relativo a la dirección que la investigación y desarrollo norteamericanos tomaban.*

*Este relato es, obviamente, el más famoso de Cartmill, aunque sus historias de «Salvamento espacial» en *Thrilling Wonder* también fueron muy populares.*

(Durante años, he incluido en mis charlas la anécdota del relato de Cartmill y la visita de los agentes especiales a la oficina de Campbell. La anécdota tuvo siempre éxito, sobre todo en las facultades. Yo solía describir cómo Campbell hizo públicos algunos nuevos datos sobre el descubrimiento de la fisión

del uranio [discutidos con toda libertad, hasta que los científicos se impusieron una autocensura por razones obvias], y explicó que una bomba nuclear era una deducción lógica. Los agentes, tras profunda meditación, lo comprendieron por fin, pero le ordenaron que dejara de publicar relatos de ese tipo, y Campbell explicó que eso sería aún peor [al menos así es como yo lo oí]. Tras esto, solía decir: «Los agentes de Inteligencia se vieron ante una hazaña de enorme magnitud, pues Campbell les pedía que pensarán por segunda vez en el mismo día», lo que, invariablemente, hacía que el público se desternillara de risa. I. A.).

Detonación y ensamblaje

12.16. Como se explica en el capítulo segundo, es imposible impedir que se produzca una reacción en cadena cuando la masa excede el punto crítico. Siempre hay neutrones suficientes (de los rayos cósmicos, de las reacciones de fisión espontáneas, o de reacciones de partículas alfa inducidas en impurezas), para iniciar la reacción en cadena. Así, hasta que se desee la detonación, la bomba debe constar de un número determinado de piezas separadas, cada una de las cuales se halla por debajo de la masa crítica por razones de su pequeño tamaño o una forma desfavorable. Para producir la detonación, las partes de la bomba deben ser ensambladas rápidamente. En el curso de este proceso de ensamblaje es probable que la reacción en cadena comience —dada la presencia de neutrones libres— antes de que la bomba haya alcanzado la forma más compacta (más reactiva). La explosión trata de impedir que la bomba alcance esa forma más compacta. Así, puede resultar que la explosión sea tan ineficaz como para resultar casi inútil. El problema, por tanto, es doble: 1) reducir el tiempo de ensamblaje a un mínimo; y 2) reducir el número de neutrones libres (predetonación) a un mínimo.

Informe oficial: La energía atómica para fines militares.

Henry D. Smyth

Una densa barrera antiaérea ardía por encima y por debajo de la escuadra de bombarderos mientras surcaban el cielo nocturno del planeta Cathor. Ybor Sebprof esbozó una mueca mientras apartaba su planeador de la línea de fuego

formando un empinado ángulo. Los bombarderos habían conseguido su misión: le habían dejado caer cerca de Nilreq, simulando una incursión.

Le soltaron antes de que los deflectores hendieran el cielo con sus finos brazos blancos. No habían tocado el planeador, marcado con sus propias insignias. De hecho, el planeador, capturado cuando las columnas de avance de Seilla cayeron de improviso sobre la dormida guarnición de Namo, les pertenecía. Lo abandonaría en el lugar donde aterrizará, y dejaría que la Inteligencia de Sixa tratara de descubrir cómo había llegado hasta allí.

Suponiendo, desde luego, que lograra aterrizar sin ser visto.

Los oficiales de Inteligencia de Sixa tendrían también otro trabajo: explicar por qué la aparente incursión aérea no había lanzado bomba alguna. Ninguno de los aviones de Seilla había sido alcanzado, y los hombres de Sixa no podían saber que los bombarderos estaban vacíos: no llevaban bombas, ni tripulación, sólo velocidad.

Podía ver los periódicos de mañana, oír los noticiarios: «Incursores se retiran. Los cobardes pilotos de la democracia huyen de los antiaéreos de Nilreq». Pero los grandes jefazos se preocuparían. Los aviones de Seilla podrían haber lanzado bombas, si las hubieran tenido. Habían sobrevolado la gran ciudad industrial con total impunidad. Podrían haber soltado sus huevos. Los grandes jefazos se interrogarían al respecto. ¿Por qué?, se preguntarían unos a otros. ¿Cuál había sido la razón?

Ybor sonrió. Él era la razón. Y les haría desear que hubieran sido bombas y no él. La posibilidad del fracaso nunca tenía cabida en su mente. Todo lo que necesitaba hacer era penetrar en la fortaleza del enemigo, encontrar al doctor Sitruc, matarle y destruir el arma más devastadora de la Historia. Sólo eso.

Contuvo la respiración cuando una granja apareció en la distancia; entonces, revoloteó sobre la oscura franja de un

bosque. El avión verde-gris resultaría invisible contra el paisaje, a menos que ojos avizores divisaran su sombra bajo una luna fugitiva.

Se deslizó en silencio, aprovechando una leve brisa que murmuraba por entre las copas de los árboles. Sólo éstos y el viento advertían su paso. Guardarían el secreto.

Aterrizó en un campo de trigo que susurró su fiera protesta cuando el planeador atravesó sus gruesos tallos, los cuales oscilaron por encima del nivel de la nave sin motor, e Ybor decidió que no sería visto hasta que las máquinas recolectoras cosecharan el grano.

El aire suponía otro problema. No quería que el planeador fuera descubierto aún, en particular si tenían que interceptarle en su viaje a la capital del enemigo. La Inteligencia elemental le conectaría con esa nave abandonada si le detuvieran en los alrededores por algún motivo, y si descubrían la nave por la mañana.

Sacó un largo cuchillo de su compartimiento en el deslizador y lo empleó para cortar varios montones de plantas gramíneas que esparció al azar por encima de la nave. Ya no parecería un planeador, ni siquiera desde el aire.

Se abrió paso a través del alto sembrado hasta la periferia del bosque.

Una vez allí, se movió con cuidado. Era casi seguro que habría grandes armas ocultas, y tenía que evitar ser descubierto. Se deslizó sobre la suave alfombra de vegetación como un gato nocturno, agachado para pasar por debajo de las ramas bajas, erguido cuando era posible.

Un súbito aroma de peligro asaltó su nariz, y se inmovilizó, agazapado, mientras localizaba el olor, que creó una imagen en su cabeza: hombres, combustible, y el humo acre de gases. Tenía una patrulla armada directamente delante.

Ybor llegó a los árboles. Se movió de uno a otro sin producir más sonidos que las aves nocturnas, y se acercó a la fuente del olor. De vez en cuando, se detenía a escuchar

los pasos del centinela. Los oyó en seguida, un suave «pad-pad» que se mezclaba, a un ritmo diferente, con los ronquidos que la leve brisa hacía audibles.

Ybor sabía que lo mejor sería que rodeara el lugar y se marchara sin que el centinela fuera consciente de que él había atravesado el bosque. Pero el hábito era demasiado fuerte. Tenía que destruir, pues se trataba del enemigo.

Se acercó más al sonido de los pasos, y se agazapó por encima de la línea que el centinela custodiaba, escrutando la oscuridad. El guardia pasó por debajo, e Ybor le dejó marchar. Forzó los oídos entre los ronquidos de las tiendas cercanas hasta que oyó al otro guardia. Eran dos centinelas.

Desenvainó el cuchillo y esperó. Cuando el centinela pasó bajo él, Ybor se dejó caer en silencio sobre los hombros del centinela, y le apuñaló mientras caía.

Hubo un leve sonido. No mucho, pero el suficiente para producir una suave llamada por parte del otro guardia.

—¿Namreh? ¿Qué pasa?

Ybor gruñó, le quitó el arma y el casco al cadáver y le sustituyó. Marchó con el mismo ritmo que los pies enemigos habían mantenido hasta que se reunió con el segundo guardia. Ybor silenció las preguntas con un rápido golpe de cuchillo; luego, volvió su atención hacia las tiendas.

Poco después, terminó su tarea. Engarfió los dedos del primer guardia en torno al mango del cuchillo y se alejó. Que pensaran que uno de sus hombres se había vuelto loco, matando a los otros dos antes de suicidarse. Que los psicólogos trabajaran un poco sobre eso.

Cuando se encontró en el otro extremo del bosque, el amanecer había teñido Nilreq de pálidos colores, y recortado la oscura silueta de los edificios. Allí se encontraba su área de operaciones. Allí, tal vez, estaba su destino, y el de toda la raza humana.

Este último pensamiento no era una hipérbole retórica; sino un hecho frío, duro. No tenía nada que ver con el pa-

triotismo, ni estaba cargado de filosofía político-económica. Sólo contaba un hecho específico: si se usaba el arma, que se encontraba en algún lugar dentro de la capital enemiga, la raza humana completa podría muy bien perecer, hasta el último hombre.

Empezaba la parte difícil de la misión de Ybor. Comenzó a salir del bosque. Un leve sonido a sus espaldas le hizo inmobilizarse durante una fracción de segundo mientras lo identificaba. Entonces, con un movimiento de una rapidez increíble, se volvió y saltó hacia su fuente.

Después del primer momento de contacto supo que combatía a una mujer. Se sorprendió hasta cierto punto, pero no lo suficiente para perturbar su eficacia. Un golpe seco y ella cayó, inconsciente, a sus pies. La observó con los ojos entornados, incapaz de ver qué aspecto tenía en la penumbra del bosque.

Entonces, el amanecer encendió el este como una salva de artillería, y vio que era joven. No inmadura en modo alguno; pero sí joven. Cuando una lanzada de luz apuñaló las sombras, observó que era hermosa.

Ybor sacó su cuchillo de combate. Ella era una enemiga, y debía ser destruida. Alzó el brazo para descargar el *coup de grace* y lo mantuvo en esa postura. No podía clavárselo. En su inconsciencia, la muchacha parecía dormir, con los labios entreabiertos y las manos flácidas. Se puede matar a un hombre mientras éste duerme; pero la naturaleza había colocado una profunda repugnancia en sus instintos para matar a una mujer indefensa.

Ella empezó a gemir con suavidad. Poco después, abrió sus grandes ojos castaños, dulces como los de un cervatillo cautivo.

—Me ha golpeado —acusó en un susurro.

Ybor no dijo nada.

—Me ha golpeado —repitió.

—¿Y qué esperaba? —dijo él con voz ronca—. ¿Dulces y flores? ¿Qué hacía aquí?

—Le seguía —respondió ella—. ¿Puedo levantarme?

—Sí. ¿Por qué me seguía?

—Cuando le vi aterrizar en nuestro sembrado, me pregunté la razón de que lo hiciera. Entonces, me escondí al verle ocultar su nave y entrar en el bosque. Y le seguí.

—¿Me ha seguido a través de todo el bosque? —preguntó Ybor, incrédulo.

—Podría haberle sorprendido en cualquier momento —aseguró ella.

—¡Miente!

—No se enfade. —La muchacha se puso en pie con un movimiento líquido. Los ojos femeninos casi llegaban a la altura de los suyos. Su sonrisa mostraba unos dientes blancos y pequeños—. Soy muy buena en ese tipo de cosas. Mejor que casi cualquiera, aunque admito que usted no es torpe.

—Gracias —repuso él, escueto—. Muy bien, oigamos la historia. Probablemente, será la última que cuente. ¿A qué juega?

—Habla el ynamrem como un nativo —dijo la muchacha.

Los ojos de Ybor destellaron.

—Lo soy.

Ella sonrió, aunque no se mostró convencida.

—¿Y mata a sus propios soldados? Creo que no. Le he visto aniquilar a esa patrulla armada. Les ha matado con demasiada frialdad. Uno de nosotros lo haría por odio. Para usted, ha sido una maniobra táctica.

—Está cortando su propia garganta —advirtió Ybor—. No puedo dejar que se marche. Es demasiado observadora.

—Creo que no —repitió ella—. Va a necesitar ayuda, no importa cuál sea su misión —dijo tras una pausa—. Yo puedo ofrecérsela.

—¿Para que meta la cabeza en la boca del león? —repuso él, desdeñoso—. ¿Puedo esconderme ahí? No necesi-